

VENGANZA

Las dos hermanas del séptimo, acreditadas cotillas, fuertemente cogidas del brazo, andaban delante de mi cuatro o cinco pasos.

Cuando llegaron y abrieron la cancela les dije en alta voz:

--Por favor, no cierren la puerta.

Pero ellas entraron y la cerraron en mis narices. Me apresuré al portero automático y pulsé el botón del quinto, el piso de mi cuñado.

Su voz metalizada llegó a través de los cacharos preguntado quien es.

--Soy, yo Rafael.

Inmediatamente sonó la apertura de la puerta. Me precipité y llegué al ascensor antes de que bajara, llamado por las hermanas.

Me puse a su lado y les dije:

--Hacen bien en desconfiar, hay mucho mal en el mundo.

Ellas farfullaron una excusa.

Ya dentro del ascensor, interrumpí la subida tocando el botón de stop.

Metí mi mano derecha en el bolsillo exterior de la chaqueta y la subí hasta apuntarles en sus narices con el dedo índice. Ahuequé la voz y dije:

--Antes de que las viole, denme todo el dinero y las joyas que lleven encima.

Empalidecieron y empezaron a temblar como azogadas. Un olor a mierda líquida se expandió en el ascensor.

Provoqué que el ascensor siguiera su subida y cuando llegamos al quinto, abrí la puerta y solté una sonora carcajada antes de salir. Estoy seguro de que a ellas les sonó a bramido.

Antes de cerrar la puerta, les dije:

--Que tengan un buen día.